

CONTRATACIONES

Un lunar en plena bonanza.
El mercado laboral español sigue dando muestras de fortaleza. Esta semana se conocieron las cifras de febrero, mes en el que se crearon 104.000 empleos. España alcanza los 20,7 millones de cotizantes, medio millón más que hace un año. En este contexto, sin embargo, contrasta aún más que haya casi un millón de hogares con todos los miembros en paro.



LA CIFRA

560.000

Ingreso mínimo vital.
En España hay 560.000 hogares que perciben el ingreso mínimo vital. Esta prestación arrancó en el año 2020 y está sufriendo problemas para llegar a todos los que la necesitarían.

El drama de los hogares con todos sus miembros en paro

Por Emilio Sánchez Hidalgo

Vanessa Meisembach está en paro, tiene 32 años y cuatro hijos. “Gracias a Dios no son de pedirme caprichos, porque no podría darles casi ninguno. Apenas compro verdura o pescado, mido cada céntimo”, explica esta sevillana, acostumbrada al rechazo en sus solicitudes de empleo. “En cuanto dices cuatro niños y soltera se les pone cara rara. Te lanzan un ya te llamaremos y nunca te llaman”. Es una situación parecida a la de Sandra Sánchez, también sevillana de 45 años y madre de dos niños. “Estuve muchos años sin trabajar porque mi marido no quería, me lo tenía prohibido. Ahora no encuentro nada, estoy aburrida de echar currículos. Es una frustración enorme. Te hacen pensar que no sirves para nada. Y luego escuchas que faltan trabajadores”. Estas dos familias son parte de las 932.000 que hay en España con todos sus miembros en paro. Además responden al perfil más común: viven en un hogar con un solo adulto activo (es el caso en el 82% de los hogares), son mujeres (el 54% de los desempleados) y residen en el sur de España (donde se concentran las mayores tasas de paro, en torno al 17%, frente a la media del 11,7%).

“Hay una clara relación entre no trabajar y la pobreza. Aunque existe la posibilidad de riesgo de pobreza y tener un empleo, trabajar sigue siendo la mejor forma de no caer en ella”, explica Inmaculada García, especialista en este fenómeno y profesora del departamento de Análisis Económico de la Universidad de Zaragoza. Coincide en este argumento Aniano Manuel Hernández, también experto y profesor del departamento de Psicología, Sociología y Trabajo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria: “Los estrangulamientos de acceso al empleo provocan situaciones de vulnerabilidad social y pobreza”. Parecen ideas obvias, pero no deja de resultar importante destacarlas. Primero, porque constatan que el escudo social del Estado no logra que las personas que no trabajan no sean pobres, lo que dificulta su reinserción en el mercado laboral. Y segundo, y mucho más grave, porque en algunos casos ni el acceso al empleo evita esa situación.

Estas familias con todos sus miembros en paro representan el 4,8% del total. Es el menor registro desde 2008 y es menos de la mi-

tad que en 2013, cuando alcanzó el 10,6%. Pero aún está lejos de la menor proporción registrada este siglo, el 2,5% de 2006, en plena burbuja del ladrillo. Sin embargo, esta mejora sostenida en el mercado de trabajo no va acompañada de una mejora paralela en los indicadores de pobreza. La encuesta de condiciones de vida que elabora el Instituto Nacional de Estadística revela que la proporción de personas en riesgo de pobreza o exclusión social aumentó en 2023: escaló del 26% al 26,5%. Medio punto puede parecer algo nimio, pero, al coincidir con la creación de tantos empleos en los últimos meses, exige una lectura pormenorizada.

“Hace unos años”, recuerda la presidenta de EAPN (siglas en inglés de la Red Europea de Lucha

“Apenas compro verdura o pescado. Mido cada céntimo”, explica Vanessa Meisembach

“Estoy aburrida de echar currículos. No encuentro nada”, se lamenta Sandra Sánchez

contra la Pobreza) en Galicia, Ana Pardo, “la gran mayoría de las personas que venían a pedirnos ayuda estaban en desempleo. Ahora cada vez es mayor la proporción de los que sí están trabajando”. Cree que esto se debe al golpe de la inflación, que fue mayor en España que en otros países desarrollados. Y no porque aquí subiesen más los precios, sino porque los salarios se incrementaron mucho menos: en 2022 el poder adquisitivo de los españoles cayó un 5,3%, una de las peores contracciones de toda la OCDE. “Los datos de empleo son positivos, pero las necesidades básicas son cada vez más costosas. Las familias sufren más para cubrir lo esencial”. De ahí que, explica Pardo, cada vez más trabajadores acudan a asociaciones como la suya.

“Pero el problema más importante, el que tiene un efecto brutal, es el coste de la vivienda. Es terrible: donde es barata, en las zonas rurales, no hay posibilidades de empleo; y donde sí hay trabajo es

carísima”, agrega Pardo. Esa misma reflexión, pero aplicada a toda España, ayuda a explicar varios problemas al mismo tiempo: por qué hay regiones con tanto paro y otras sin él, por qué los residentes en las primeras no se mudan a las segundas e incluso por qué algunas acusan falta de mano de obra. El altísimo precio de los alquileres (ha crecido en torno a un 50% en la última década) y el alto volumen de propietarios (76%, frente a la media europea del 69%) desincentivan la movilidad laboral.

Redes de apoyo

Es el caso de la sevillana Sandra Sánchez. “Tras la muerte de mi madre vendimos su casa y pude comprar una modesta para mis hijos y para mí. Por eso no tengo alquiler ni hipoteca”. Asegura que si no tuviera un piso en propiedad muy posiblemente se habría mudado. “Digo yo que en una ciudad tan grande como Sevilla debería encontrar trabajo, pero es que no hay nada, ni de camarera, ni limpiando ni nada. Me iría a sitios con más trabajo, pero con los alquileres que veo en Madrid o Barcelona, y con dos niños yo sola... No puedo tomar ese riesgo”. Al marchar, estas personas también renuncian a sus redes de apoyo, un argumento más para no abandonar el hogar aunque no se tenga empleo.

Este escenario es el que está cortando el flujo de trabajadores en ciertas zonas de España. El paradigma es el de Baleares, donde hay falta de mano de obra incluso en el sector público, pese a que sus retribuciones medias son mejores que las del ámbito privado. Los alquileres son tan caros que a los trabajadores no les compensa acudir para trabajar en temporada alta. Algunos de los que sí lo hacen recurren a tiendas de campaña y autocaravanas para dormir.

Sánchez vive del ingreso mínimo vital. Esta ayuda no se pierde por cambiar de residencia, pero es algo que históricamente sí ha sucedido con otras partidas asistenciales autonómicas o municipales, lo que pone aún más barreras en la movilidad de los desempleados. “Me equivoqué al hacer un trámite por internet y durante un tiempo me lo retiraron. Lo estoy pasando muy mal”, lamenta. Vanessa y sus cuatros hijos también afrontan su día a día gracias a esta prestación estatal, por la que ingresa unos 1.000 euros que complementa con ayudas de manutención. “Sin el ingreso mínimo estaría de okupa.



ESTUDIANTE / JUAN FRANCISCO BERNAL

“Te agobias, no lo puedes evitar”

La vida de Juan Francisco Bernal, extremeño de 27 años, no es sencilla. Vive de alquiler en una habitación en Talavera de la Reina (Toledo), lejos de su familia, pero a la que visita siempre que puede. Paga los 200 euros del alquiler de la habitación con lo que gana cuando encuentra empleo a media jornada, un gasto que afronta para estudiar en la Universidad de Castilla-La Mancha, donde cursa estudios de Educación Social. Su familia se completa con su madre, que no puede trabajar por un problema médico, y su abuelo que ya está jubilado, con una pensión escasa para afrontr todos los gastos de la familia. Los problemas económicos que afronta le ponen “difícil” estudiar. “Te agobias, no lo puedes evitar, son trabas que se ponen delante. Pero sea como sea tengo que rendir. Mi sueño es lograr acabar estos estudios universitarios, poder tener un trabajo para salir adelante. Voy a hacer frente a lo que venga”, asegura. Bernal reconoce que para llegar a fin de mes se priva de muchas cosas que sí hacen sus compañeros de estudios. “Si no no hay manera de llegar a fin de mes, eso es así. Sales menos. Tampoco es que sea muy de salir de fiesta, es algo que veo muy lejano ahora mismo”.

Juan Francisco Bernal, cerca de su casa en Talavera de la Reina (Toledo).
ÁLVARO GARCÍA

Pago 500 euros de alquiler, imagnate. No podría pagar luz, ni agua ni nada. ¿Has visto los precios del supermercado? Por eso pido ayuda de alimentos a asociaciones como Humanos con Recursos”.

En España hay 560.000 hogares que perciben el IMV. Aunque la prestación ha crecido mucho en los últimos años (comenzó en 2020 con 160.000 familias), los expertos coinciden en señalar que no alcanza a suficientes personas. Según los cálculos de la Airef, en 2022 solo alcanzaba al 36% y el 58% ni lo solicitaba. El Ministerio de Seguridad Social reconoce los problemas en la implementación en sus inicios, pero destaca “su complejidad, ya que es muy difícil por el perfil del potencial beneficiario”. A la vez, cree que están resolviendo esas complicaciones. “Para la Seguridad Social ha sido un reto mayúsculo en el peor de los momentos, tras la merma de recursos sufrida durante la década pasada”. La prestación media es de 500 euros mensuales brutos en 12 pagas.

El impacto de la inflación

“Los datos”, insiste la especialista de la Universidad de Zaragoza, “indican que se ha reducido la desigualdad en la distribución de ingresos. En ello ha tenido que ver la subida en el salario mínimo (ha crecido más de un 50% desde 2018, hasta los 1.134 euros brutos en 14 pagas) y las pensiones (en los últimos años se revalorizan conforme al IPC)”.

En la misma línea, de vuelta a la encuesta de condiciones de vida, cabe destacar que de los tres factores que conforman la tasa de riesgo de pobreza dos sí han mejorado en el último año. Son variables que no derivan de respuestas de los encuestados, sino de la situación en sí: se trata del riesgo de pobreza relativa y del porcentaje de población con baja intensidad en el empleo. El dato que empeora muchísimo y arrastra el global es el porcentaje de población con carencia material y social severa. Este se articula mediante respuestas de los encuestados a 13 preguntas, como si pueden irse de vacaciones, si pueden sustituir muebles estropeados o si pueden mantener una temperatura adecuada en su casa. El huracán inflacionista ha empeorado esta variable autopercibida hasta situarla en el 9%, el nivel más alto desde 2014, cuando la tasa de paro era el doble que la actual.

La encuesta de condiciones de vida es la estadística homologada

para comparar la pobreza en Europa. El 26% en riesgo en España en 2022 (el último dato es el ya mencionado 26,5% de 2023, pero apenas hay cifras del resto de países para el último ejercicio) es el cuarto peor registro de los 27 países que recoge Eurostat. Solo hay más población en riesgo de pobreza o exclusión social en Rumania (34,4%), Bulgaria (32,2%) y Grecia (26,3%). El dato español es peor que la media (21,6%), que el de Francia (21%) o el de Bélgica (18,7%). Además, una de las peores lecturas de estos datos es que en España el porcentaje ha caído mucho menos que en otros países en los últimos años: de 2015 (aún en los rescoldos de la Gran Recesión) a 2022 Portugal ha reducido su pobreza en más de seis puntos,

Muchos sobreviven del cobro del paro, el ingreso mínimo o la pensión de los abuelos

El problema del precio de la vivienda es un lastre demasiado pesado para este colectivo

el doble que España.

En estos datos tiene mucho que ver la alta tasa de paro española, del 11,7%, casi el doble que la media europea. Ha caído mucho en los últimos años, a tal ritmo que uno de cada tres nuevos empleos de la eurozona se ha creado en España. Pero sigue habiendo un número de parados altísimo. Los expertos aluden a causas estructurales para explicarlo: nuestro modelo depende demasiado de sectores poco productivos, como la hostelería, con menor capacidad de inversión y de crear empleo; a esto también contribuye la alta proporción de empresas pequeñas; esa baja productividad también conduce a jornadas más largas que en los países más desarrollados, lo que reparte menos el empleo; y también hay un factor demográfico. La generación *baby boom*, en la que no es extraño tener cinco o seis hermanos,

Viene de la página 3

está tan poblada que algunos especialistas creen que la economía española nunca ha sido capaz de absorber tal cantidad de mano de obra. Una vez se jubilen, los mismos sostienen que el paro caerá y que el problema se trasladará a pagar esas pensiones.

Inmaculada García afirma que España “es uno de los países con más gasto en relación al PIB en políticas de empleo; el 80% del gasto total son prestaciones por desempleo, que tienen un efecto reductor de la pobreza”. En otros países, hay una porción mayor del gasto que se destina a una mejor inserción de los desempleados, en vez de a las prestaciones. “La tradicional distinción entre políticas activas y pasivas de empleo sitúa a España en un puesto alto en políticas pasivas y bajo en las activas”, añade García.

“Las políticas públicas en esta materia no son adecuadas. No hay un tratamiento integral del problema para estas familias. Las políticas sociales se han institucionalizado e individualizado. Los problemas no se tratan en el contexto de la persona, con todas las dimensiones que la definen”, añade Hernández, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

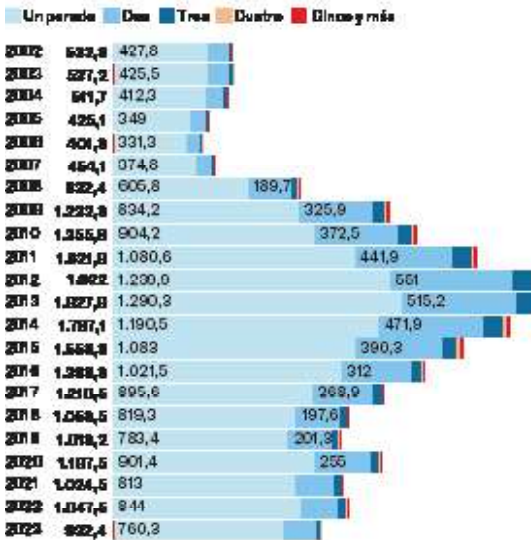
Diferencias regionales

La comunidad autónoma de Hernández es la segunda con un mayor problema de riesgo de pobreza en España (33,8%), solo superada por Andalucía (37,5%). En tercer lugar queda Extremadura (32,8%), donde vive Sebastián González, presidente de EAPN en la región, que lanza una reflexión que aplica a la mitad sur del país: “La pobreza es tan alta porque el desempleo es estructural, y esto es así porque la diversidad económica es bajísima. Aquí todo es agricultura y ganadería, actividades primarias de bajos ingresos y sin apenas tejido industrial, el que crea empleos de calidad. Es triste que se acaben marchando la cantidad de jóvenes que formamos aquí”.

Entre ellos está Juan Francisco Bernal, extremeño de 27 años. Su familia está formada por su abuelo jubilado, que ingresa unos 700 euros al mes, y por su madre, inactiva por un problema médico y que recibe una prestación no contributiva de 400. “Voy combinando periodos de desempleo y de trabajo”, explica. Ha hecho de todo: ha sido churrero, ha trabajado de comercial puerta a puerta y también de dependiente en tiendas. Esos periodos de empleo le sirven para costear sus estudios en la Universidad de Castilla-La Mancha, lo que le obliga a alquilar una habitación. “Mi sueño es dedicarme a la educación social. Es lo que más me gusta. Para ello me privo de casi todo o no llegaría a fin de mes”. Por un problema administrativo este curso no pudo acceder a una beca, lo que le obligó a vender su coche por 1.200 euros. Por edades, los jóvenes forman el colectivo que

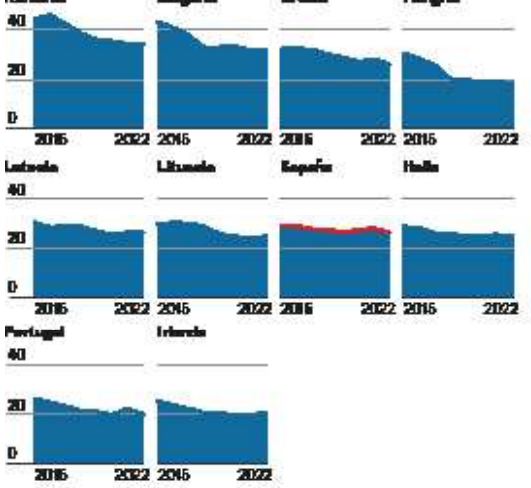
Hogares con todos sus miembros activos en paro

En miles de hogares en el cuarto trimestre



Países con más población en riesgo de pobreza o exclusión social

En % sobre el total de la población



La recualificación es clave para que los parados de más edad encuentren empleo

Mujer y residente en el sur de España es el perfil más habitual de estos casos de desprotección

sufre un mayor riesgo de pobreza en España. Son el 27,4% de 16 a 29 años, solo en mejor situación que los niños, entre los que se eleva a un 34,3%. También afrontan un panorama más complicado los inmigrantes: mientras los españoles en riesgo son el 22,3%, entre los extranjeros procedentes de la Unión Europea son el 36,5%, y entre los de otros países, el 57%.

En ese porcentaje tan negativo se encuentra Grethel Guevara, nicaragüense de 48 años residente en Mérida. Está en paro y vive con su hija y una amiga a la que le alquila una habitación. “Creo que para los migrantes es algo más difícil acceder a ciertos empleos. Para los más precarios hay menos problemas”. En sus cinco años en España “siempre” le ha costado llegar a fin de mes, ya que normalmente se ha empleado en ese tipo de

puestos. Tiene estudios superiores, como especialista en diseño industrial, pero no puede homologar el título. “Me queda paro hasta abril. Hasta entonces voy a concentrarme en una formación para ser auxiliar administrativa, que me han dicho en el SEPE (Servicio Público de Empleo Estatal) que seguro que encuentro trabajo de eso. Es una apuesta para salir de la limpieza y los cuidados”. La recualificación, apuntan los expertos, es clave para que los parados de más edad regresen al mercado laboral. “Hago todo lo que puedo”.

La preocupación por el futuro que expresa Grethel es muy común. La mayoría de los desempleados entrevistados para este reportaje asumen que nunca cotizarán suficiente como para obtener una pensión de jubilación aceptable. Es el escenario más previsible

para la gallega Alejandra Costids, que ha trabajado sin contrato durante la mayor parte de su 48 años de vida. “Mis padres son feriantes y siempre me he dedicado a ello. Somos ocho hermanos y fui muy poco al colegio, aprendimos a leer casi en la calle”. Nunca tuvo problemas de dinero, pero apenas ha cotizado para su futura jubilación. “Desde que dejé la feria me ha costado mucho, es muy difícil administrarse con tan pocos ingresos”. En los últimos años viene encadenando periodos de empleo y paro.

Esa frustración tiene mucho que ver con el peso que se le da al trabajo en la construcción identitaria de las personas: una de las primeras preguntas que hacemos al conocer a alguien es a qué se dedica. Para las personas en paro, contestar puede ir acompañado de un punto de vergüenza. “Existe un es-

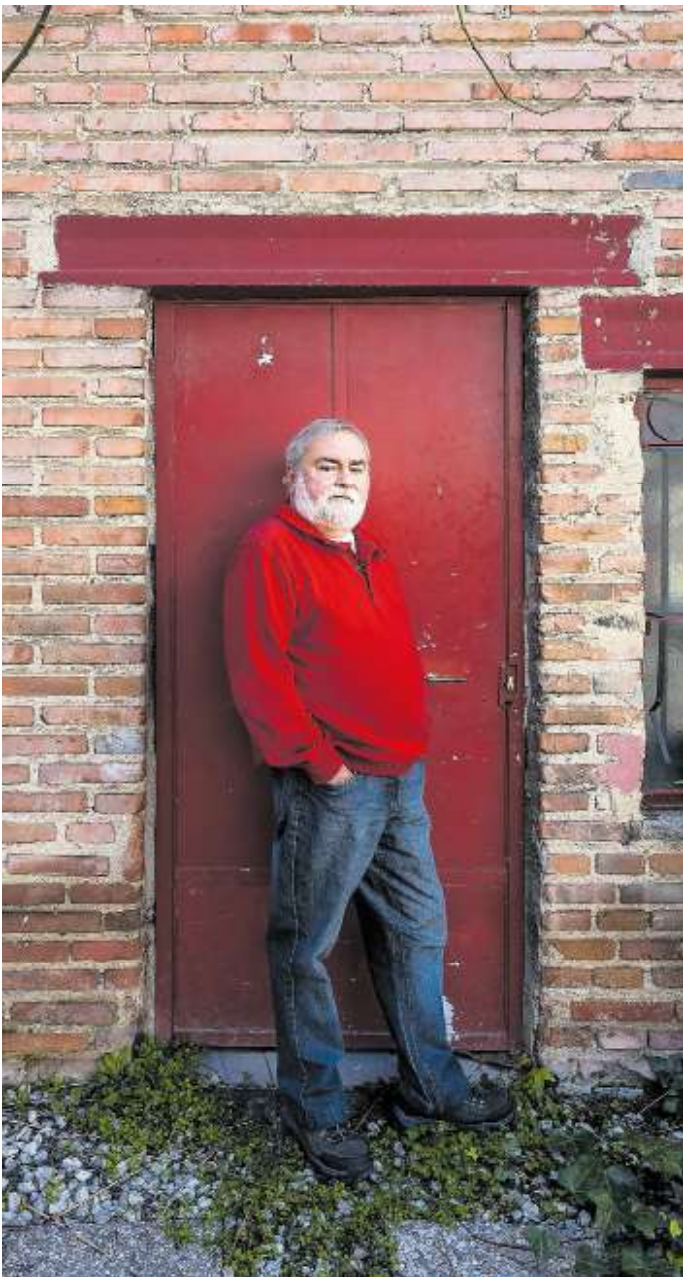
tereotipo compartido que representa a las personas pobres como poco trabajadoras, carentes de la motivación para salir adelante por sí mismas o que pretenden sacar provecho de las ayudas sociales”, lamenta Mario Sainz, profesor en el departamento de Psicología de la Universidad Nacional a Distancia y especialista en este tema. Cree que estos estereotipos a menudo se acompañan de “actitudes clasistas” que dejan a estas personas “carentes de valor social y por tanto receptoras de nuestro desprecio en diferentes ámbitos”. Entre ellos, el laboral: “Puede dar lugar a barreras en la contratación”.

Ese muro se levanta varios metros cuando las personas viven sin hogar. “Es difícil tener empleo sin un lugar en el que vestirse y ducharte. Además del estigma que sufren, no tienen acceso a un ordenador para echar currículos, que ahora es la puerta de entrada para cualquier empresa”, explica Gloria García, directora de la asociación Realidades, que intenta solucionar esos problemas. Habla con EL PAÍS en la sede del colectivo en Madrid, donde atienden a personas sin hogar. En una sala amplia hay varias personas utilizando ordenadores: “Aquí pueden echar currículos, algunos consiguen trabajos así. Además tenemos planes específicos que se centran en la empleabilidad. Somos una red de apoyo, de la que estas personas suelen carecer”.

Talleres y actividades

La asociación también desarrolla talleres y actividades abiertos a la comunidad. Entre los participantes está Luis Castilla, que a sus 61 años no ha caído en el sinhogarismo por los pelos. “Trabajé muchos años como director de teatro, luego fui cocinero, estuve también trabajando en programas de televisión, como conserje en una urbanización... hasta la crisis de 2008. Me mantuve como pude, pero desde 2011 ya no volví a trabajar”. De nuevo, la vivienda explica gran parte del problema. “No podía pagar la hipoteca. Gracias a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca logré la dación en pago (liquidación de la hipoteca a cambio de entregar el piso), que tantas personas no consiguieron. Se quedaron con la deuda y sin casa”.

“No me quedé en la calle”, continúa, “porque me acogió mi hermano”. Por entonces le detectaron una insuficiencia renal que limita muchísimo sus movimientos. “Me dieron la incapacidad permanente”, explica. Administrativamente, esa condición hace que no cuente como desempleado, pero realmente sí lo es. Él quiere trabajar. “Me gustaría poder tener un trabajo sin esfuerzos físicos, algo cultural, de lo que yo conozco. Me gustaría vivir con algo más de 825 euros de pensión, pero si trabajo de algo la pierdo, es un salto al vacío”. A sus 61 años, vive en una habitación en un piso compartido. “Yo quiero trabajar para estar en una situación mejor”, concluye.



INCAPACIDAD TEMPORAL / LUIS CASTILLA

“Temía quedarme en la calle”

A sus 61 años, Luis Castilla no trabaja. “Me gustaría hacerlo, pero si lo hago perdería la pensión por incapacidad temporal y no me puedo arriesgar”, explica resignado. Él quería trabajar en lo suyo, en los teatros a los que dedicó la mayor parte de su vida. Una vez que le resultó imposible seguir en el teatro se fue al audiovisual. También fue cocinero e incluso conserje. Pero en 2011 el mercado laboral le dio la espalda, tras sufrir un problema médico que le impide hacer esfuerzos físicos. “Puedo hacer otro tipo de trabajos, pero no hay manera”, lamenta. Con su escasa pensión, de unos 825 euros, vive en un piso compartido con otras dos personas mayores, más económico gracias a la intermediación de la asociación Realidades. “Fue muy difícil encontrar algo que pudiéramos pagar en Madrid. Si es que se te va más del 50% de tus ingresos en cualquier cosa”. Sabe que en el futuro le quedará una pensión de jubilación “bastante baja”, pero no es su principal preocupación. “Voy día a día. Andaba más preocupado por no quedarme en la calle”.



A la izquierda, Luis Castilla. Arriba, Vanessa Meisembach. SAMUEL SÁNCHEZ / PACO PUENTES

PARADA / VANESSA MEISEMBACH

“La compra se hace imposible”

“La compra semanal se me hace imposible”, explica Vanessa Meisembach, sevillana de 32 años. Está en paro y tiene cuatro hijos. Salen adelante gracias a lo que cobra como receptora del Ingreso Mínimo Vital. “Sin esta ayuda mi vida sería mucho más difícil”, reconoce. Habla del presente, pero reconoce que piensa mucho más en el futuro, en el horizonte gris que se le avecina a medida que vaya cumpliendo años. “Cuando sea mayor, cuanto ya no tenga hijos a mi cargo, dejaré de tener estas ayudas. Y llegaré a ese momento sin haber cotizado lo suficiente a la Seguridad Social. Eso es un problema”, añade. “Por eso”, continúa Meisembach, “yo preferiría trabajar. Por el mismo dinero, en vez del ingreso mínimo preferiría un empleo. Así tendría un mejor futuro, un seguro, un todo”. Considera que uno de los principales problemas que enfrenta para entrar en el mercado laboral es su perfil como madre soltera: “Debido a mi situación personal, necesito una flexibilidad que las empresas actualmente no quieren dar”. Ha habido ocasiones en las que ha perdido empleos justo por eso: “Te llaman del colegio, que si pasa esto, que si pasa lo otro. Y los horarios es muy difícil que cuadren. Así es muy complicado trabajar, sin ayuda de nadie”. Cree que podrá trabajar cuando su hija mayor, que actualmente tiene 14 años, tenga la edad suficiente para cuidar de sus hermanos pequeños. “Así creo que podría tener algo de tiempo para trabajar y cotizar”. Hasta que ese momento llegue, se ha acostumbrado a ver cómo es rechazada en las ofertas de empleo. Una tras otra. Y se hace muy duro.

“Fue muy difícil encontrar un sitio para vivir en Madrid que pudiéramos pagar”, explica Luis Castilla

“Por mi situación necesito una flexibilidad que las empresas no dan”, se lamenta Vanessa Meisembach